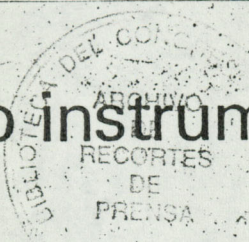


TERCERA DE LA HORA...
26-Septiembre-1972. Pág. 3



El odio como instrumento político

Por Andrés Aylwin Azúcar



SOSTIENE Thomas Merton que cuando los integrantes de una organización política totalitaria "comienzan a perder el odio fanático en todo cuanto no es el movimiento, entonces el movimiento comienza a morir".

Y el mismo autor agrega "El fanatismo se niega a mirar a todo hombre como persona. Se es "miembro" del grupo o se está fuera de él". En esta

forma, todos los que están "fuera" del movimiento son enemigos, a los que hay que odiar. A los que hay que "someter o destruir".

Actuando con este método, los grupos totalitarios convierten a sus seguidores en "verdaderos títeres o máscaras que son usados y manipulados por los líderes del movimiento". Lo cual siempre termina en que el movimiento "se transforma en una verdadera pirámide en cuyo nombre unos pocos medran y se hacen fuertes con el trabajo de la inmensa masa anónima que se sacrifica en adoración de ellos".

Estas citas resulta interesante hacerlas para tratar de entender el drama que hoy vive Chile. Pues, precisamente, ha sido el empleo de tácticas políticas totalitarias, la utilización del odio en forma masiva, casi "científica", lo que ha exacerbado las pasiones en tal medida que hemos llegado a tener una nación destruida

espiritualmente; dividida hasta en la escuela o la familia.

Resulta triste decirlo. El actual Gobierno tuvo la oportunidad histórica de movilizar al pueblo por motivaciones grandes, por sus propias realizaciones. Sin embargo, recurrieron, más que nada, a la mediocridad. Por ello, cuando la historia analice estos tiempos juzgará a los gobernantes no tanto por los errores, que son muchos, sino más que nada por la oportunidad perdida.

Porque es efectivo que utilizando el odio al adversario se pueden mantener adhesiones políticas. Que el hombre fanatizado puede llegar a ser insensible a su pobreza, a su tragedia, a su propia destrucción. ¡Lo hemos visto! Pero existe otra verdad más importante: En la historia larga, los métodos totalitarios destruyen el alma de un pueblo libre. Aniquilan espiritualmente a una nación.

Hasta hace algún tiempo cada niño que nacía en Chile venía al mundo con una deuda de 300 dólares. Era y es una pesada herencia. Pero, si bien se piensa, esa cantidad nada significa ante otra herencia más horrible: que los niños chilenos nazcan y se estén desarrollando en una sociedad dramáticamente destrozada por el odio. En una patria donde el odio golpea hasta a una mujer, por el solo hecho de ser madre; hasta a muchachas liceanas; hasta a un perro vagabundo por la sola circunstancia de haber recibido la ternura de almas juveniles.